

## RESEÑA

Judith Farré Vidal, *Espacio y tiempo de fiesta en Nueva España (1665-1760)*, Iberoamericana / Vervuert, Madrid / Frankfurt am Main, 2013, 312 pp. ISBN: 9788484897286.

SOLANGE ALBERRO (El Colegio de México)

DOI: <<http://dx.doi.org/10.5565/rev/anuariolopedevega.231>>

Judith Farré Vidal, historiadora especializada en el estudio de las fiestas novohispanas, presenta en este libro una visión nueva y personal de algunas festividades virreinales, a partir de los análisis de las «relaciones» y demás descripciones que consultó en diversos repositorios y archivos. Como su Introducción, particularmente clara y concisa, me dispensa de presentar la obra en su estructura general, me limitaré a señalar en qué la autora se distingue de otros especialistas y en qué, tal vez, su investigación podría enriquecerse, ya que bien parece que el libro aquí presentado es el eslabón de una investigación prometedora de mayor alcance.

El eje director aquí escogido por la autora es el del tiempo y el espacio. O sea, las ocasiones —tiempo, momentos— y los lugares y espacios en los que se desarrollaron las festividades aquí consideradas. Por tanto, si bien la autora menciona factores tales como la participación en estas festividades de los diversos sectores y grupos sociales —en cuanto se refiere, entre otros, al costo y elaboración de los diversos elementos que constituyen la fiesta—, el «mestizaje étnico», la organización de las secuencias festivas, el análisis de los recursos emblemáticos, simbólicos y tecnológicos, las rivalidades existentes entre instancias y sectores, la proyección de imágenes, valores, emociones, etc., ella no les dedica mayor atención en la medida en que se enfoca ante todo, como lo declara el título de su libro, al factor espacio-tiempo.

Esta observación no entraña ninguna crítica, ya que no es posible que un investigador aislado pueda abarcar estos y otros temas bajo enfoques diversos, cuando de fiestas virreinales se trata. En efecto, si en nuestra época las festividades son

todas especializadas —cívicas y militares, religiosas, políticas, deportivas, artísticas, recreativas, etc.— las de la época virreinal eran totales y totalitarias en la medida en que, al procurar la unión de todos los sectores sociales y étnicos en torno a la monarquía y la religión católica, eran particularmente complejas. Por tanto, estas manifestaciones festivas rebasan la capacidad de un investigador de nuestros tiempos, en los que todos estamos sometidos a presiones constantes con fines productivos inmediatos. En efecto, aquellas festividades de antaño, al buscar llegar a cada uno de los miembros de la sociedad, sea cual fuese su etnia, estado y condición, actuaban sobre las mentes con el despliegue jerárquico de las autoridades, las órdenes religiosas, las cofradías y los gremios, las parcialidades indígenas, con los símbolos y jeroglíficos de los arcos triunfales, los parlamentos, loas y canciones; sobre los sentidos, con los colores diversos de los trajes y decoraciones, los estampidos de cohetes e inventos de fuegos, las luminarias nocturnas, las músicas cultas y populares, con los olores del copal, del incienso, de la cera quemada, de las flores y enramadas, con el espectáculo y la participación a los bailes, danzas y tocotines, las máscaras y chanzas entre deportivas y ofensivas; sobre las emociones, con la alegría, la tristeza, la admiración —la llamada “suspensión”—, el miedo también, ante los accidentes frecuentes, sin olvidar los poderosos efectos del pulque, que según algunos testigos y a pesar de las prohibiciones, corría a raudales, al menos entre el “vulgo”. En lenguaje llano, y para concluir estas breves observaciones, diremos que en aquellas festividades había de todo para todos y los participantes y espectadores estaban juntos pero no revueltos, según la simpática expresión mexicana. De modo que si las distinciones entre los sectores, grupos, permanecían claramente señaladas por el hábito —tipo de tela, color, adornos, etc.—, el ir a pie, a caballo o en carroza, el lugar otorgado en la procesión o la ceremonia religiosa como participante o espectador, el ocupado en cada espacio y momento —calle, ventana, balcón, cazuelas, altares, etc.—, finalmente todos los miembros de la sociedad participaban de aquellos eventos según la condición, calidad y sexo, como protagonistas, actores, espectadores y receptores de los múltiples mensajes emanados del evento. Judith Farré lo sabe y sabiamente opta por limitarse a un análisis dictado esencialmente por el factor espacio y tiempo, que rige todas las festividades, sean laicas y religiosas, mixtas, cíclicas, como las del Corpus, el Pendón con la de San Hipólito, la Navidad y la Semana Santa, o circunstanciales, así los recibimientos de los virreyes y arzobispos, los acontecimientos concernientes a la familia real y a los éxitos milita-

res de la patria, las beatificaciones, canonizaciones, etc. (Tomando en cuenta este carácter profundamente federativo de la fiesta virreinal, podemos preguntarnos si eventos como los autos de fe inquisitoriales y las ejecuciones públicas llevadas a cabo por las autoridades civiles, unos y otros sumamente concurridos y considerados en aquel entonces como cargados de fines disuasivos —los que perduraron en Europa occidental hasta el siglo XIX y siguen llevándose a cabo en muchos países del Medio Oriente, Asia y África—, caben en la categoría de «festividades»).

Por otra parte, lo hemos señalado, llama la atención la construcción de este libro, la cual, lejos de seguir las normas comunes en la materia, refleja una opción muy personal por parte de la autora. En efecto, este, provisto de una clara Introducción que permite al lector guiarse en su lectura, consta de dos partes, siendo la segunda la más sustancial en cuanto presenta cuatro fiestas de gran relieve, acompañadas por los textos que las describen, y permitirán tal vez futuras investigaciones de carácter filológico por parte de la misma autora o de otros especialistas. Un léxico que lleva el tan gracioso —como barroco— título de «Glosario festivo» remata aquella segunda parte, adición oportuna que facilita la comprensión de los textos cuyo vocabulario ya nos es a menudo ajeno. Finalmente, sorprendentemente, el libro carece de conclusión. ¿Es posible pensar que esta ausencia corresponda al hecho de que la autora considere la presente obra como parte de una de mayor alcance, de modo que esta no sea más que parte de aquella? La bibliografía es generosa y solo tal vez faltan las referencias a los trabajos importantes de Margarita Menegus y Rodolfo Aguirre sobre los estudiantes de la Universidad y los Colegios novohispanos (Margarita Menegus y Rodolfo Aguirre, *Los indios, el sacerdocio y la Universidad en la Nueva España*, Centro de Estudios sobre la Universidad - UNAM / Plaza y Valdés, México, 2006) y la obra de Hipólito Villarroel (*Enfermedades políticas*, Miguel Ángel Porrúa, México, 1982), inevitable cuando se trata de la sociedad virreinal. El interés que despierta la lectura de lo que nos presenta aquí Judith Farré suscita algunos comentarios e incluso interrogantes. No queda clara, por ejemplo, la razón por la que la temporalidad escogida por la autora sea desde mediados del siglo XVII hasta el principio de la segunda mitad del XVIII. Ella alega al respecto que los finales del XVII novohispano son poco estudiados y que, sin embargo, son los tiempos de Sor Juana Inés de la Cruz y de Sigüenza y Góngora. Esta justificación no parece del todo convincente. En efecto, ya que se trata de festividades «barrocas», no se puede considerar que el “Barroco” abarque un solo siglo. El Barroco,

cuyos orígenes borgoñones-medievales se unieron con las vigorosas influencias renacentistas italianas, fue múltiple en sus manifestaciones, según los países y regiones, las dinastías, las épocas, las sociedades y sectores sociales, las áreas —arquitectura, escultura, pintura, música, teatro, poesía, literatura, etiquetas cortesanas, modas indumentarias—, etc. Por tanto, es discutible reducir la estética barroca a un solo conjunto de características y a un período estrictamente limitado, como es el caso aquí. Así, las exequias del emperador Carlos V en la ciudad de México en 1559 y el recibimiento en la misma capital del nuevo virrey, el marqués de Villena, en 1640 —festejo que fue probablemente el más espléndido y complejo del período virreinal—, participan en gran medida —y tal vez totalmente en el caso del segundo— del Barroco. Incluso es muy probable que el florecimiento del Barroco, que tiene en algunos casos fechas de nacimiento, no tenga fechas de defunción, al haberse fundido paulatina o rápidamente en nuevas estéticas. Es al menos lo que podemos observar en numerosos retablos de la primera mitad del siglo XIX mexicano, que ostentan todavía algunos elementos de factura barroca junto con otros ya de estética neoclásica. Entonces, ¿por qué esta estricta limitación temporal —1665-1760, solo un siglo—, que excluye las festividades del siglo XVI y de la primera mitad del siguiente, que tanta resonancia tuvieron?

Por otra parte, la autora menciona varias veces las festividades llevadas a cabo en el «campo». Sin embargo, los ejemplos que ella presenta no son convincentes en la medida en que se trata de fiestas celebradas en Puebla y Oaxaca, las mayores ciudades del virreinato después de la capital. Efectivamente, los indios participaron activamente en estas festividades, pero la mayoría de ellos —si no es que la totalidad— eran indios urbanos, habitantes de las parcialidades, arrabales o asentamientos cercanos a la ciudad, muchos de ellos artesanos o campesinos, cuya economía y modo de vida estaban, al menos parcialmente, integrados a los de las urbes españolas y sobre todo mestizas. Por tanto, y como lo señala la misma autora, a falta de relatos de fiestas propiamente indígenas celebradas en y por los «pueblos», es cuestionable referirse a ellas tratándose solo de las ciudades de Puebla y Oaxaca.

Finalmente, no puede pasarse por alto uno de los méritos de esta investigación, que consiste en señalar la relación existente entre la fiesta en sí y la «relación» o relato a los que da lugar. Esta relación abre en efecto perspectivas tan ricas como numerosas, que la autora irá tal vez profundizando. En efecto, la relación procede de otra lógica del poder, la que se añade a la que motiva la misma fiesta, la remata

y la refuerza. Porque es preciso escoger, en función de criterios bien determinados, al letrado que escribirá la relación, costear su elaboración y su impresión, lo que remite al tema de los mecenas y de los grupos y sectores sociales interesados en que se publique la «relación festiva» o el texto equivalente. Luego se plantea la cuestión de la recepción de la relación, destinada ante todo a elites civiles y religiosas, pero cuya difusión a y entre otros sectores puede llevarse a cabo mediante relatos, alusiones y descripciones vueltas a la esfera oral, mediante conversaciones, pláticas, y en algunos pocos casos, en pinturas. Estas relaciones pueden ser tomadas más adelante como referencias ejemplares y por tanto, intervenir en una dinámica de rivalidad, al buscar cada orden religiosa, cada gremio, instancia y cuerpo civil o religioso, emular y hasta superar las experiencias anteriores, con el fin de afianzar e incrementar su prestigio y poder y finalmente, afirmar su superioridad, al menos en el terreno de la visibilidad y la fama, sobre sus competidores. Por tanto, estos textos cumplen, como nuestros archivos fotográficos, cinematográficos y electrónicos modernos, una función esencial e imprescindible para cualquier sociedad: consignar lo efímero, que, por serlo, no deja de reflejar realidades profundas que pocas veces se manifiestan explícitamente. En este sentido, la palabra escrita de los siglos pasados —muchas veces pesada y oscura para nosotros— no solo eterniza, como la cámara, lo que el viento se llevó hace mucho —las modalidades de su producción, difusión y recepción e utilización—, sino que también descubre los entresijos de una sociedad diestra en disimularse bajo las relumbrantes y seductoras galas de la estética barroca.